

# La urgencia de trabajar la memoria histórica en la escuela

¿Cómo es posible que la tragedia vivida por peruanos y peruanas no se haya procesado? ¿Por qué no hemos aprendido que la intolerancia, el odio, la discriminación y el racismo llevan a la destrucción y la muerte? ¿Cuándo nos olvidamos de defender la verdad, la justicia y la paz como valores supremos de un Estado que quiere el desarrollo y el crecimiento integral de sus miembros? Con éstas y otras preguntas similares se hace necesario interpelar a la conciencia nacional, curarla de la amnesia y recurrir a la memoria y la revisión crítica de la tragedia vivida, sin lo cual podemos repetirla. Sobre esto y sobre el rol de la escuela en esta necesidad de una memoria crítica se reflexiona aquí de la mano de Rosa María Mujica.

---

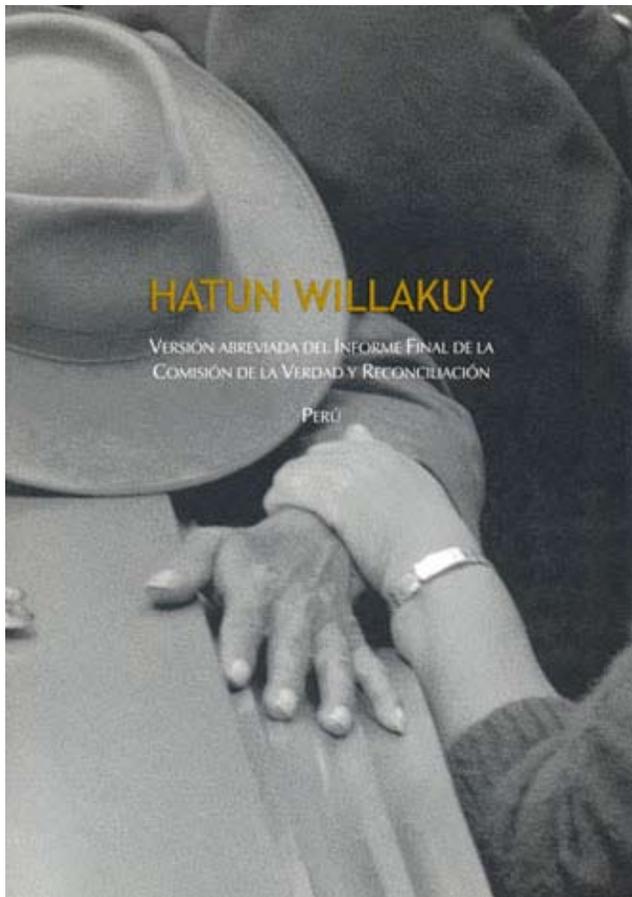
**ROSA MARÍA MUJICA**

*Educadora, experta en Educación en Derechos Humanos*

---

**E**n las últimas semanas hemos visto con sorpresa el surgimiento del Movimiento por Amnistía y Derechos Fundamentales (MOVADef) y su pretensión de convertirse en partido político con el único afán de liberar a Abimael Guzmán de la cárcel y de reivindicar sus teorías que tanta muerte y dolor significaron para nuestro país. Pero lo que más nos ha sorprendido es la presencia de jóvenes muy jóvenes entre sus filas, jóvenes que no vivieron los años de terror, de miedo y de muerte que nos envolvió a todos los peruanos.

Jóvenes que no recuerdan las bombas, pero tampoco los muertos, torturados o desaparecidos que contamos por miles. Jóvenes que ni siquiera son capaces de identificar y reconocer a los personajes más simbólicos de toda esa tragedia y que, por lo tanto, poco o nada han aprendido de lo que los adultos tuvimos que soportar y enfrentar. Jóvenes que no tienen idea de que hubo víctimas inocentes, pero que tampoco saben que hubo héroes y heroínas que entregaron su vida por la paz y la justicia, que defendieron la verdad y la vida de otros y otras... Si es así, el Perú está listo entonces para repetir la historia y la tragedia; tal vez con otros nombres, quizá serían otras las víctimas, pero será más de lo mismo: desolación y muerte, en especial para los más pobres y para los más vulnerables.



¿Qué nos ha pasado que ha permitido que hechos tan graves como los vividos ya no sean recordados ni interesen a la mayoría de los peruanos? ¿Por qué hemos tenido esa loca tentación de “pasar la página” y enterrar parte de nuestra historia, una parte muy dolorosa que reveló los extremos de crueldad a los que hemos podido llegar los peruanos que nos matamos entre hermanos por un arma o una idea? ¿Por qué no hemos aprendido de otros pueblos que, al negarse a aprender de lo vivido, han repetido la historia?

¿Cómo es posible que la tragedia vivida no se haya procesado? ¿Por qué no hemos aprendido que la intolerancia, el odio, la discriminación y el racismo llevan a la muerte y a la destrucción? ¿Cuándo nos olvidamos de defender la verdad, la justicia y la paz como valores supremos de un Estado que quiere el desarrollo y el crecimiento integral de sus miembros?

Son muchos los responsables de esta situación y serán, sin duda, los responsables de que volvamos a vivir más de lo mismo, tarde o temprano. Son responsables los medios de comunicación que se han encargado de distorsionar los hechos en su loca obsesión por defender ideas y personas y no reconocer responsabilidades. Son

responsables algunos periodistas y políticos que en su afán de desprestigiar el *Informe Final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) se han encargado de difundir mentiras y de lanzar improperios sin darse cuenta de que de esa manera también mentían sobre la historia y enseñaban historias oficiales plagadas de falsedades. Son responsables los partidos políticos que nunca enfrentaron en serio lo que les tocaba en la tragedia vivida. Son responsables algunas autoridades civiles y eclesiásticas que no han querido asumir el muchas veces triste papel de indiferencia o complicidad que los hizo ser parte del juego de la muerte. Son responsables los gobiernos que nunca desarrollaron ni asumieron en serio una propuesta política, económica, social, cultural y educativa que vaya sembrando las bases del “nunca más queremos que esto se repita”. Es responsable el Estado que, al no asumir las reparaciones de las víctimas, las ha convertido en una masa casi invisible en el espectro social.

### Y EN TODO ESTO, ¿QUÉ LE TOCA A LA ESCUELA?

Sin duda, muchos comparten la responsabilidad de la educación: educa la familia, educan los medios de comunicación, la Iglesia y la calle, pero sigue siendo la escuela el espacio privilegiado para el aprendizaje: a ella le hemos encargado la formación de los niños y los jóvenes para que crezcan, maduren, aporten al país y sean felices. En la escuela, por eso, se aprende un poco de todo; desde el arte, las ciencias naturales, las matemáticas, la comunicación, hasta la historia y las formas de convivencia. Es en ella donde teóricamente debemos aprender a valorar la democracia y a rechazar la dictadura y el autoritarismo; en ella deberíamos aprender a crecer, a madurar y a desarrollarnos como personas y como sujetos sociales. La importancia de la escuela es enorme en la formación del tipo de seres humanos y de ciudadanos que queremos tener.

Sin embargo, la crisis de la educación es evidente. Pareciera que la mayoría de las escuelas se han convertido en centros de instrucción y se han olvidado de educar. Los conocimientos son hoy lo más importante, y se ha dejado de lado la responsabilidad de la escuela en la formación de sensibilidades y conductas. Ya lo decía el *Informe Final* de la CVR en sus recomendaciones: “Los grupos subversivos surgieron y lograron captar militantes y simpatizantes, prosperaron aprovechando las consecuencias de una escuela que socializó a jóvenes en patrones autoritarios, rígidos, de mala calidad, que no les ofrecía perspectivas de superación”; y también decía que: “La paz como actitud se aprende, fundamentalmente, con

el ejemplo. La persona que sufre violencia a lo largo de su vida, la ejercerá cuando tenga autoridad y, en esas condiciones, no se puede construir en el largo plazo ni una sociedad pacífica ni un país democrático”.

Para construir una sociedad pacífica y un país democrático es indispensable trabajar con los niños y los jóvenes la memoria histórica, para que el “nunca más” tenga mayores posibilidades. Pero hay que tener claro que tanto importa el qué se enseña cuanto el cómo se enseña. De nada vale trabajar la historia reciente de nuestro país como un conjunto de relatos de hechos ajenos a la realidad de los estudiantes, o que forman parte de la prehistoria del país; de nada vale que los estudiantes se aprendan nombres y fechas de hechos dramáticos ocurridos con la finalidad de pasar un examen u obtener una buena nota; tampoco vale que lo que se enseñe solo busque acumular conocimientos en las cabezas de los estudiantes, es decir, que solo sea un aprendizaje cognitivo más o menos racional. De poco vale, en suma, que la escuela crea que cumple la tarea simplemente transmitiendo información sobre el periodo de la violencia política vivida, información que entra por un oído y sale por el otro o que, en el mejor de los casos, se convierte en algo puramente académico y teórico.

No hay que olvidar que recordar es “volver a pasar por el corazón”, por lo que el gran desafío es que los estudiantes pongan en juego sus corazones y sus sentimientos más profundos, que remuevan sus sensibilidades. Volver a pasar por el corazón exige que los estudiantes se pongan en los zapatos de los que sufrieron, que se identifiquen con las víctimas, que se sientan afectados por el sufrimiento de los otros, que descubran cómo los hechos de violencia sufridos afectaron la vida de personas de carne y hueso, cómo afectó a sus propias familias y, lo que es muy importante, que lo vean no solo como pasado sino también como posibilidad de presente si los peruanos y peruanas lo permitimos.

Es necesario partir de los sentimientos, conectar los relatos a las sensibilidades, desatar la capacidad de indignación por lo vivido. Si esto se logra, entonces se podrá trabajar, también, la razón, y, desde ella, desarrollar la capacidad de análisis, de crítica, de juicio. La escuela debe promover en los estudiantes la comprensión de las causas y de las consecuencias de la violencia vivida; debe estimular la elaboración de conclusiones y de compromisos; permitir que el estudiante descubra que el dogmatismo nunca genera nada bueno y que la violencia y la destrucción jamás cambiarán las cosas; que el fin no justifica los medios, y que si ellos quieren vivir en un país con paz, con desarrollo y con justicia, están obligados a desarrollar capacidades de tolerancia, de diálogo intercultural, de reconocimiento del otro, de respeto a la dignidad de todas las personas, de convivencia pacífica.

Y la escuela vuelve a ser el espacio privilegiado para ensayar este tipo de sociedad y esa forma de “ser y actuar”. La escuela debe ser el lugar donde los chicos y las chicas ejerzan una convivencia democrática y pacífica, donde no se permite la violencia ni la agresión, donde el *bullying* es severamente sancionado, donde los derechos humanos de todos y de todas se conocen y se respetan, donde las responsabilidades se asumen y se cumplen, donde se reconoce y valora las diferencias pero sobre la base de que todos y todas tienen la misma

dignidad y los mismos derechos.

Si logramos eso, si la escuela se convierte en el espacio donde se promueve el desarrollo integral de los niños y los jóvenes, donde se busca el desarrollo de los conocimientos, de los sentimientos y de actitudes y conductas coherentes con esos conocimientos y sentimientos, entonces habremos desarrollado la mejor vacuna contra la intolerancia, la violencia, el racismo y la discriminación, y habremos sembrado la posibilidad de una vida futura con paz para todos los peruanos y peruanas. 🗣️

**La escuela debe ser el lugar donde los chicos y las chicas ejerzan una convivencia democrática y pacífica, donde no se permite la violencia ni la agresión, donde el *bullying* es severamente sancionado, donde los derechos humanos de todos y de todas se conocen y se respetan, donde las responsabilidades se asumen y se cumplen, donde se reconoce y valora las diferencias pero sobre la base de que todos y todas tienen la misma dignidad y los mismos derechos.**